

comprendre c'est tout pardonner"?—una vez asomados a este espectáculo en construcción, confesarían pronto que no carece ni de fuerza, ni de desesperación dramática.

La otra máscara de este símbolo no sonríe. Alejada, al parecer, de las torturas reales que expresaba la primera, se ocupa en su propia tragedia intelectual: es el semblante que corresponde a la actual generación artística y literaria de México. En él, bruscamente, la temperatura cambia de sentido. La densidad del clima a que la otra contemplación nos había habituado, se convierte en una especie de ingravidez real, atenta a los finos compromisos estéticos en que se debate. Se ha acusado a nuestra literatura de esta separación deliberada—¿deliberada?—de sus temas con los que la vida del país le ofrece. Se le ha reprochado su desencanto sombrío, su peligrosa aristocracia y se le invita desde la orilla, es decir, en la zona neutra que el peligro no amenaza, a participar de sus dramas, a expresar sus inquietudes y también—¿por qué no?—a desaparecer en su vértigo.

Algunos han creído advertir en este decoro de los nuevos artistas de México, un retorno a las doctrinas del arte por el arte. No contentos con advertirlo, han creído que revelarles su aparente descubrimiento era ya acusarlos de desorientación, sin comprender que la más deplorable desorientación era la suya y que la belleza sirvió raras veces para arma política sin perder algo de su adusta perfección.